

## Índice

<b>Introducción:</b> .....	7
<b>I. Gracia y proyecto del cristianismo</b> .....	9
1. Gracia y proyecto en Teresa de Jesús.....	9
1.1. Qué Dios.....	10
1.2. Qué persona.....	12
1.3. Jesucristo, “prenda del amor del Padre” y amigo verdadero.....	14
1.4. Programa de actuación.....	16
1.5. Algunas sugerencias sobre el discernimiento.....	17
2. Gracia y proyecto en Juan de la Cruz.....	20
2.1. Qué Dios.....	20
2.2. Qué persona.....	23
2.2.1. <i>Vocación</i> .....	23
2.2.2. <i>Situación histórica</i> .....	24
2.3. Jesús, revelación de Dios y del hombre.....	26
2.4. Virtudes teologales.....	28
2.4.1. <i>Dimensión purificativa</i> .....	29
2.4.2. <i>Dimensión unitiva</i> .....	29
2.5. Unión, transformación, filiación trinitaria.....	30
2.5.1. <i>Unión semejanza de amor</i> .....	30
2.5.2. <i>Filiación divina e inmersión en el misterio trinitario</i> .....	31
<b>II. Agentes del discernimiento</b> .....	35
1. Los agentes del discernimiento en Teresa de Jesús.....	36
1.1. El espíritu de Dios.....	36
1.2. El acompañante.....	41
1.3. La persona.....	44
2. El discernimiento en Juan de la Cruz.....	46
2.1. El Espíritu de Dios.....	46
2.2. El acompañante.....	49
2.3. La persona.....	50
<b>III. Discernimiento en el proceso humano espiritual según Teresa</b> ....	55
1. Fisonomía de los principiantes (V 11-13; 1-3M).....	55
1.1. La experiencia teresiana.....	56
1.2. La doctrina.....	58
1.2.1. <i>Fisonomía de los principiantes</i> .....	58
1.3. Criterios de discernimiento.....	64

1.3.1. Reconocer la acción de Dios.....	65
1.3.2. Recogimiento amoroso.....	66
1.3.3. Consejos para el camino.....	67
2. Paso fronterizo: un salto cualitativo (4M).....	68
2.1. Moradas cuartas, inicio de la recreación del yo.....	69
2.2. Moradas quintas, afirmación del yo nuevo.....	70
2.3. Discernimiento.....	71
2.3.1. La humildad verdadera.....	71
2.3.2. El amor intenso y gratuito.....	72
2.3.3. Liberación plena.....	73
2.3.4. El servicio incondicional.....	73
3. Prueba purificadora y psicológica.....	75
4. Fenómenos místicos, santidad y psicología.....	76
4.1. Fenómenos místicos y santidad.....	76
4.2. Discernimiento práctico de un fenómeno místico: las “hablas”.....	77
4.2.1. Hablas de Dios o espíritu bueno.....	78
4.2.2. Hablas de la imaginación.....	79
4.2.3. Hablas del demonio.....	79

<b>VI. El discernimiento en el proceso espiritual según san Juan de la Cruz.....</b>	<b>81</b>
1. Los que comienzan.....	81
1.1. Conciencia de ser amado para amar.....	82
1.2. La purificación pasiva del sentido.....	85
1.2.1 Fisonomía del principiante avanzado.....	85
1.2.2. Señales para el discernimiento.....	87
2. Los que progresan.....	90
2.1. Dios se acomoda a la persona.....	91
2.2. Comportamiento sobre el conocimiento sobrenatural.....	94
3. Purificación pasiva del espíritu y Desposorio espiritual.....	97
3.1. Sanación y libertad.....	97
3.2. Experiencia de muerte.....	100
4. Plenitud de vida.....	104
4.1. Plenitud de filiación divina.....	105
4.2. “He aquí el hombre”.....	108
<b>Bibliografía.....</b>	<b>111</b>
<b>RETIRO - Sal y Luz - Teresa Iribarnegaray.....</b>	<b>113</b>

## - Capítulo 1 -

# Gracia y proyecto del cristianismo

---

Pienso que es absolutamente necesario empezar presentando el suelo en que nos movemos y el horizonte hacia el que se encaminan nuestros pasos. Ya que por el discernimiento tratamos de examinar la manera de vivir en seguimiento de Jesús, me parece muy conveniente desplegar desde el principio el mapa de situación que nos han trazado Teresa y Juan. Sus escritos son una verdadera catequesis en sus núcleos esenciales: Dios, que llama y propone; la persona, que escucha y responde. Historia de una alianza o de una amistad.

Esta presentación, breve por necesidad, será como una tela extendida en el bastidor. Veremos surgir los perfiles del creyente que se va constituyendo: hijo de Dios, hermano, comprometido en la nueva humanidad, y desde su vocación concreta. Que estos son los cuatro puntos cardinales del mapa humano, espiritual, a los que se deberá prestar atención para verificar la autenticidad de una vida en desarrollo.

Y porque de gracia y de proyecto voy a hablar según los padres del nuevo

Carmelo, antepongo esta palabra: Dios nos ha puesto en la existencia “a su imagen y semejanza” (Gn 1,26). Objetivo de la creación y de la redención es el compartir su vida en totalidad. Vida de relación con él y con los prójimos. ¿Qué Dios?, ¿qué hombre?, ¿qué comunión entre los dos?

### 1. Gracia y proyecto en Teresa de Jesús

La escritora mística, socrática sin saberlo, inicia la última etapa del proceso, en el *Castillo interior o Moradas del castillo interior*, en el que la teología y la antropología alcanzan las cotas más altas, con estas palabras: “Os parecerá que está dicho tanto en este camino espiritual que no es posible quedar nada por decir”. Responde: “Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra [insignificancia] de lo que hay que contar de Dios”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>7M 4,1. Cito las Obras completas de la santa según la edición que preparé, Salamanca, Sígueme, 1997 y con las siglas habituales: V = *Libro de la Vida*; C = *Camino de Perfección*; M = *Moradas*, precediendo el número de morada y siguiendo el capítulo; F = *Fundaciones*; MC = *Meditaciones sobre los Cantares*; CC = *Cuentas de conciencia o Relaciones*; Exc = *Exclamaciones*; P = *Poesías*

El místico no habla de Dios, sino de su experiencia de Dios. Y “cuenta”, “narra”. Evidentemente, la experiencia es necesariamente interpretada en las categorías propias. Conocemos a Dios por sus obras. Y lo que se puede “contar” es poca cosa: inefabilidad de la experiencia. Y con mucha más razón de Dios en sí mismo. Inefabilidad absoluta.

Conocer las acciones salvíficas de Dios en nosotros, en la historia, nos es vital para poder responder. ¿Qué Dios se nos muestra en sus testigos?

### 1.1. Qué Dios

Un Dios don y donante. Dios, donante de sí mismo, porque “fuera” de sí nada tiene. Y menos de sí, tampoco puede dar. Partiendo de la experiencia, el testigo puede proclamar esta doctrina: “Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos de recibir” (V 19,17). Frente al Dios, bolígrafo en ristre apuntando cuidadosamente nuestros pecados, la mística castellana nos presenta un Dios que “no está deseando otra cosa, sino tener a quien dar” (6M 4,12), “ganoso de hacer mucho por nosotros” (6M 11,1).

Dios obra como Dios. Hablando de sí confiesa que “lo hizo todo de su

parte” (V 31,17). Está convencida, contra timoratos teólogos, que Dios, hasta con personas que están “en mal estado”, “dales gustos y regalos y ternuras” [alguna forma de gracia mística], porque “quiere que no quede por él” (C 16,8). Dios se mueve en el finísimo filo que separa la libertad de la imposición, aunque esta sea sólo y exclusivamente amorosa: “me forzó a que me hiciese fuerza” (V 3,4). Escalona con acierto la presión amorosa a que Dios la somete: “Harto me parece hacía... en *consentirme* delante de Sí y *traerme* a su presencia, que veía claro, *si tanto él no lo procurara*, no viniera” (V 9,9).

Dios obra como Dios en cada uno. Ayer como hoy (5M 4,6), en los fundadores como en los que les siguen (F 4,6). Pero Dios “necesita” que se le deje espacio libre, voluntad abierta a la suya, que le “demos por suyo con toda determinación [el corazón]...para que pueda poner y quitar como en cosa propia” (C 28,12). Es la disposición, “aparejo” que él espera. Confesión personal y doctrina repetida: “No parece que esperabais otra cosa sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibir” los tesoros de vuestra gracia (V 19,7). Teresa señala con claridad que esta actitud tiene que cultivarse desde el inicio: “Pues hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinando a *seguir* por

este camino de la oración [= ¡amistad!] *al que tanto nos amó*” (V 11,1).

Dios ama siempre gratuitamente –¡también a los justísimos!–, misericordiosamente. Dios ama por fidelidad a sí mismo. Lo deja la santa bien sentado desde el comienzo de Moradas: “Y así acaece [sucede] no las hacer [Dios sus mercedes] por ser más santos quién las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en Pablo y la Magdalena” (1M 1,3). Y de hecho así obra siempre esperando que la persona quiera “recibir las”. Oigamos cómo se expresa hablando de la oración que, de nuestra parte, “es abrir la puerta”. Orar es querer “recibir” de, a Dios, y nada más: “cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque, aunque quiera entrar a *regalarse* con un alma y a *regalarla*, no hay por donde” (V 8,9).

La oración es también “la puerta para entrar en este castillo”, para entrar en el conocimiento de Dios y de sí mismo, “con quién habla..., y quién es quien pide y a quién” (1M 1,7). Entrar al encuentro de quien vive dentro, al encuentro de la Persona, y poniendo en juego toda, progresivamente, nuestra persona. Todo lo contrario de hundirse en el subjetivismo, encerrarse uno consigo mismo, con sus pensamientos, sus discursos, sus gozos y sus penas. ¡Esto es lo contrario de la oración!. Orar es “mirar que le mira” (V 13,22), volcar la

atención sobre él, respuesta siempre a su atención amorosa. Para que el lector capte la finura pedagógica –¡fiel lectura de la realidad!–, la maestra de oración nos deja estos tres rasgos del TU a quien nos dirigimos: “no está aguardando otra cosa sino que le miremos”; “tiene en tanto que le miremos”; “no quedará por diligencia suya” (C 26,4).

Dios no se repite. Cada uno somos único. He aquí dos textos sublimes para alumbrar que “Dios no es aceptador de personas; a todos ama” (V 27,11). Pero no lleva a todos por un camino, ni siquiera a los llamados a vivir un mismo carisma. Estos dos textos se muestran más reveladores por el contexto. A quienes trafican con Dios, “almas concertadas”, la santa aconseja: “Cuando no es nuestra la falta, justo es el Señor y su Majestad dará por otros caminos lo que os quita por éste” de las gracias místicas (3M 2.11). ¡Estas tendrán que discernirse, ¡pero nunca para probar la santidad de una persona!

El otro texto se encuentra en el inicio de la vida mística. Teresa habla de “unión *regalada*” o mística, y de “unión *verdadera*”, para aclarar de entrada, y de una vez por todas, el alcance y valor de la primera: “lo que hay de más precio en ella es por proceder de” la segunda (5M 3,3). De la “unión verdadera” dice: “es la unión que toda mi vida he deseado” (5M 3,5). Y la presenta como “no tener la

voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios” (3), que centra absolutamente en el amor al prójimo, que es “la más cierta señal” de que amamos a Dios (8).

En realidad, *la* gracia que Dios nos otorga es su Hijo. Ateniéndose a la comparación del gusano de seda que se convierte en mariposa –hombre viejo, hombre nuevo–, afirma que es condición esencial que “muera el gusano”; pero “de ser posible no hay que dudar”, aunque no recibamos ninguna gracia mística (5): “no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino” (7). Amando al prójimo, morimos a nosotros. Participamos así en la muerte de Jesús, y resucitamos con él. Este es su y nuestro misterio pascual: morir al egocentrismo para dar vida (12).

El objetivo que persigue Dios obrando en nosotros lo sintetizará de este modo. La santa nos lo entrega en dos formulaciones seguidas al final de *Moradas*. Los dos textos son una excelente clave de lectura de todo lo que nos ha compartido: “Qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en ese mundo”. Responde sin titubeos:

“no nos puede Dios hacémosle [mayor regalo], que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza... para poderle imitar en el mucho padecer”, es decir, amar y servir (7M 4,4).

Unos números más adelante se preguntará de nuevo: “¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios... y de todo el mundo, *como él lo fue*” (ib 9). Apretada, preciosa síntesis de su experiencia y pensamiento, ofrecida en el momento culminante de su proceso espiritual, de su inteligencia del mismo y de su capacidad comunicadora.

**Amando al prójimo,  
morimos a nosotros.  
Participamos así en la  
muerte de Jesús, y  
resucitamos con él.  
Este es su y nuestro  
misterio pascual:  
morir al egocentrismo  
para dar vida.**

## 1.2. Qué persona

Pronto intuyó la doctora mística que la imagen de Dios y la de la persona andaban estrechamente unidas. Partiendo del dato bíblico de la creación del hombre “a imagen y semejanza de Dios”, abre la exposición teológica-antropológica del *Castillo interior* con una apretada, grandiosa presentación de la persona humana: “la gran hermosura y la gran capacidad”, “la gran dignidad del ánimo”. Tanto, que “apenas deben llegar nuestros

entendimientos..., a comprenderla” (1M 1,1). “De natural tan rica [el alma]” que “puede tener su conversación no menos que con Dios” (6). “Tan capaz” (1M 2,1), aun en la más grande frustración, porque “la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella” (3).

Cuando escribe su libro por excelencia, el *Castillo interior*, con una grandísima y muy bien discernida experiencia de la comunicación de Dios, puede afirmar con seguridad que “jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios” (9). Teresa insiste en el conocimiento propio o humildad: “es el pan con que todos los manjares se han de comer” (V 13,15). Por eso hay que entenderlo bien, comenzando por señalar lo que Dios obra en nosotros, y no solo en nuestra “nada” constitutiva y en nuestros pecados: “las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que es capaz de mucho más que podremos considerar” (1M 2, 8).

Impactó profundamente a Teresa saberse habitada por Dios. Dios activo, divinamente agente: “como estaba espantada de ver tanta majestad [Dios] en cosa tan baja como mi alma, entendí: “No es baja, hija, pues está

hecha a mi imagen” (CC 41,2). La experiencia mística de la inhabitación trinitaria cura la ignorancia tereciense: “para mí fue oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma; mas lo que merecía esta alma y quién estaba dentro de ella..., no lo entendía” (C 28,11; V 18,15).

“No nos imaginemos huecas por dentro” (C 28,10). Un día oye en su interior estas palabras: “Alma, buscarte has en Mí, / y a Mí buscarme has en ti” (P 4). Es el agustiniano “buscar a Dios en el interior”, que tanto impresionó a la carmelita abulense. Hay en nosotros “un mundo interior” (7M 1,5), un “centro” donde “pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma” (1M 1,3), “una cosa profunda”, en “el centro del alma” (4M 2,5), “en lo muy muy interior, en una cosa muy honda” (7M 1,8), en donde “termina” el proceso de interiorización, de vivir *con, en* Dios, donde “solo él y ella se gozan en grandísimo silencio” (7M 3,11). En ese centro “establece” su morada la persona: lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento”. Comunión plena con Dios (7M 1,11; 2,5).

“Entrar en el castillo interior”, su consigna de vida espiritual, significa entrar en comunión con el Dios que nos inhabita en un progresivo ensanchamiento del consciente y paralelo retroceso del inconsciente. Vivir desde las raíces divinas que nos ali-

mentan y constituyen. Un progresivo fortalecimiento del yo unido al de Dios: “estando *hecha una cosa* con el fuerte..., se le ha de pegar fortaleza” (7M 4,11). Esta unión la sustancia Teresa en “tan gran deseo... de servirle, que no solo no desea morir, mas vivir muchos años: “su gloria tiene puesta en si pudiese ayudar en algo al Crucificado”; “ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar” (7M 3,4). En la cumbre de la hominización-cristificación se revela el proceso de “vuelta al prójimo”, centro absoluto del discernimiento espiritual. En línea, para un creyente, con el Dios que, amándonos, se ha vuelto a nosotros, haciéndose uno de nosotros.

### 1.3. Jesucristo, "prenda del amor del Padre" y amigo verdadero

Teresa ha tenido una experiencia entrañable, honda de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret. Sin esa experiencia no se explica como mujer, creyente, consagrada. Confiesa esta experiencia que cruza su vida en constante dinamismo de interiorización: “Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo..., y así siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando

comulgaba” (V 2,4). Fue *su* centro vital desde joven. En su oración, ella buscaba la proximidad de Cristo: “Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo... dentro de mí presente” (V 4,8; 9,4). “Yo solo podía pensar en Cristo como hombre” (V 9,6). Hasta el final de su vida, subrayará con vigor que, si han desaparecido todos los fenómenos místicos, “mas parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la *Humanidad*” (CC 66,3).

### En la cumbre de la homonización-cristificación se revela el proceso de “vuelta al prójimo”, centro absoluto del discernimiento espiritual.

De parte de Dios la “Humanidad” de nuestro Dios revela la experiencia de nuestra condición, raíz “visible” de su ternura, de su compasión y, también, de su “necesidad” de nuestra presencia. De las gracias místicas cristológicas le queda, aparte de una gran libertad para vivir sus relaciones interpersonales, la seguridad de ser acompañada “desde dentro” en sus debilidades y flaquezas humanas por el Dios humanado: “Veía que aunque era Dios, era Hombre, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas”. Por lo que “puedo tratar como con amigo” (V 37,6). Presente siempre: “Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía” (V 22,10). Mientras que los amigos del mundo “son todos unos palillos de romero seco”, que “se quiebran” en las



dificultades. Jesús “es amigo verdadero y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo” (CC 3,1).

Pero ella también puede “acompañar”, consolar a Jesús. Siendo hombre está necesitado de presencias amigas. ¿Cómo podría Teresa definir la relación con Dios como amistad, si no fuera así? Nos habla de sus “consideraciones bobas” para “aproximarse” a acompañar a Jesús: le invitaba el domingo de Ramos a quedarse a comer con ella. Confiesa que “debíalas admitir el Señor” (CC 12,2). En la oración “hallábame mejor” cuando “le veía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como *persona necesitada* me había de admitir a mí” (V 9,4).

Pero hay más: la Humanidad de nuestro Dios, en Jesús, confirma a Teresa en su nativo, fuerte deseo de “defender” su humanidad, de desarrollarla en armonía con la “vida espiritual”, porque desde el momento que Dios la ha asumido y deviene en su Hijo “divino y humano junto”, debemos asumirla nosotros como una auténtica gracia, perfeccionarla, en unidad, y simultáneamente a nuestra condición “divina” (6M 7,9). Esta es la raíz del llamado “humanismo tere-

siano”: el descubrimiento de la humanidad de nuestro Dios, sin que se “sacrifique” nada de la humanidad para “ser” “divina”, espiritual. Sin sacrificar nada de su condición de mujer ella llegará –¡únicamente así!– a ser “semejante” a Dios que se ha hecho “semejante” a nosotros.

De aquí le viene el ímpetu irrefrenable de formación, de que sus comunidades sean “autogestionarias” de su vida, cerrando el paso “a los negros devotos destruidores de las esposas de Cristo”<sup>2</sup>, también a los que se “escandalizan” de las recreaciones de sus monjas, a los que manda este mensaje: “todo es lenguaje de perfección”<sup>3</sup>, humanizando, en suma, su vida en la estela del Dios que se humaniza en su Hijo. Aconseja a sus hermanas: “procurad ser afables”, que las personas que os traten “amen vuestra conversación y desee vuestra manera de vivir y tratar...; mientras más santas, más conversables con sus hermanas... Ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos” (C 42,7).

Tensará el hilo del humanismo, sobre este principio ambicioso: “ande la verdad en vuestros corazones..., y veréis claro el amor que somos obligadas a tener al prójimo”. Rechaza

---

<sup>2</sup> Cta a Gracián 19/2/359; 3.

<sup>3</sup> Ct a María de san José, 9/1/77; 172,10.

enérgicamente “estas amistades del mundo, aunque sean buenas”, montadas sobre reiteradas expresiones de amor, abriendo un amplio resquicio: “si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel alma”. Rematando su faena: “para que os escuche” alguien una palabra de Dios, podrá ser bueno “disponerle” “con estas pláticas y muestras de amor que a la sensualidad siempre contentan; y acaecerá tener en más una buena palabra... y disponer más que muchas [palabras] de Dios, *para que estas quepan*; y así yendo con advertencia de aprovechar, no las quito”, es decir, no me opongo a estas muestras “mundanas” de amor, “que a la sensualidad siempre contentan” (C 20,4).

Fortalecerá su fuerte apuesta por el humanismo, como signo por excelencia de nuestra vocación cristiana, presentando la figura de Jesús con estas grávidas expresiones: Jesús “nunca tornó de sí” (C 35,3), a quien “no le faltó nada por hacer” (C 3,8), y que “a trueque de hacer cumplidamente la voluntad del Padre y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos” (C 33,4). Jesús “parece se honra” “de ser nuestro esclavo” (4). Por eso apremia a sus hermanas: “Los ojos en vuestro Esposo” (C 2, 1). Apostar por Jesús es apostar por los otros: “fuerza tu voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque pierdas de tu derecho; olvida tu bien por el

suyo, aunque más contradicción te haga el natural; procura tomar trabajo por quitarle al prójimo... No penséis que no ha de costar algo y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz” (5M 3,12).

#### 1.4. Programa de actuación

Nunca se insistirá bastante en el acierto teresiano de presentar la oración como “trato de amistad”. Relación interpersonal que implica, como se apresura a decirnos, un cambio de “condición”: “para que sea verdadero el amor y que dure la amistad hanse de encontrar las condiciones” (V 8,5), la condición amorosa de Dios y la sensual, egocéntrica de la persona. Presenta al lector el Dios de su experiencia: “Qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le vais regalando y sufriendo y esperáis a que se haga a vuestra condición” (6). Ya se alumbra aquí el cambio que ha de operarse en nosotros: cambio del ser. Y en ello insiste la “maestra de espirituales”. Para ser buenos amigos de Cristo, que “es la gran empresa que pretendemos ganar, ¿qué tales habremos de *ser*?15 (C 4,1). A tal Dios, tal persona.

La pedagogía teresiana de la amistad-oración persigue este cambio

con una consigna que apunta decididamente a la raíz, al ser-en-relación, con Dios y los semejantes. Ocupará un lugar relevante, muy destacado en el discernimiento. Enuncia esta consigna: “solas tres [cosas] me extenderé en declarar”: “la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra *verdadera* humildad, que, aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas” (C 4,4). Ordeno la consigna siguiendo este último apunte de Teresa: “**La verdad nos libera para amar**”. Dejo al lector el pensar por sí mismo, si no tiene tiempo o ganas de asomarse a la exposición de la autora. Solo me permito decir una obviedad: sin un *ser* nuevo, los actos que podamos “*hacer*” no nos servirán sino para hundirnos más en la mentira, al menos objetiva, virando hacia una desviación grave, mortal por necesidad: el cristianismo, acontecimiento de gracia, se convertirá en religión.

### 1.5. Algunas sugerencias sobre el discernimiento

Pienso que puede resultar oportuno recordar algunas sugerencias sobre lo que nos ha dejado Teresa, sobre todo en la última parte de *Camino*, libro de formación de la nueva familia que acaba de nacer en la iglesia. Con validez extraordinaria para cualquier persona que tome en serio su vida personal, sea cual fuere el estado en que viva. Fruto de una expe-

riencia bien contrastada, de un compromiso honesto con la verdad y de una voluntad sincera de ayuda a los demás.

El grupo de capítulos de *Camino* dedicados al discernimiento los abre de esta manera: “los efectos que deja el buen espíritu” (36,8). Antes de adentrarnos en el bosque frondoso de los efectos, antepongo un manojito de principios o sugerencias generales que deben tener en cuenta los implicados en el discernimiento. Primeramente, cómo se discierne la vida en proceso, abierta. Teresa apunta comentando las palabras del Padre nuestro, que el perdonar es para todos. Y añade: “*Verdad que hay más y menos en ello*”, según la posibilidad real en cada situación: “haremos lo que *pudiéremos*” (C 37,3). Norma de elemental prudencia, según el principio recurrente de máxima atención al sujeto, que jamás debe supeditarse a nada.

Llama la atención del lector diciendo que “estos efectos que he dicho a la postre, son de personas ya más allegadas a la perfección”. Pero afina su pensamiento: mas el estar “determinados a sufrir injurias y sufrirlas aunque sea teniendo pena, digo que muy en breve lo tiene quien tiene” (el que llega a) “oración de unión” (C 36,11). Hablando de este perdón dice que “ha de estar hecho... con la determinación al menos” (2). Bien que “puede ser que al principio, no

luego quede con fuerza, pero en breve tiempo se hace fortaleza” (12). Exhorta encareciendo: “mire mucho *cómo van creciendo* estos efectos” (13).

Un texto revelador de esta atención al sujeto en crecimiento, con clara referencia autobiográfica, encontramos en el *Libro de la Vida*, con particular referencia al proceder indiscreto, arrollador de ciertos acompañantes. Escribe: Es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado a andar y quiérenla que vuele”. Por lo que piensa “que hay muchas almas que tornan atrás, que no saben las pobrecillas valerse”. Y concluye: “Y así creo hiciera la mía si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, y hasta que por su bondad lo *puso todo*, ya verá vuestra merced que no ha habido en mí sino caer y levantar” (31, 17).

¿Cuáles son los núcleos esenciales sobre los que debe vigilar el discernimiento? Evidentemente aquellos que son sus presupuestos para formar un yo relacional, a los que ya me he referido en este capítulo. Empiezo por la verdad, auténtica piedra angular de su pensamiento, hilo conductor de todo el proceso de discernimiento: “¿Cuán diferentemente se inclina nuestra voluntad a lo que la voluntad de Dios!. Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos la mentira” (C 42, 4). Antes ya había advertido que

Dios “es muy amigo tratemos verdad con él” (37, 4). Al hilo de esto nos ofrece el siguiente principio de discernimiento de personas ya un tanto avanzadas en el camino de personalización: “Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren...; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar”. Pregunta a los lectores: “¿ Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades? Ni puede...; todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame” (40,3).

Continúa la doctora mística contrastando el perdón de Dios con el nuestro. Mientras que Dios la perdona “de balde” y “me sufre tan pobre”, aumenta en ella la conciencia de que “me he de salir de la cuenta” (C 36,2), con lo que pone más de manifiesto la conducta de Dios y la nuestra. Andamos en la mentira a vueltas de “esas naderías que llaman injuria” (36,8), o “unas cositas que llaman agravios”, o “las honras” (3), también se inventan en los monasterios, “y pone sus leyes” el demonio (4). Establece el principio: “provecho de alma y esto que llama el mundo honra, nunca puede estar junto” (3).

Como creyente nos confronta con Jesús: “¿en qué estuvo vuestra honra, Honrador nuestro?”. No la perdió “en ser humillado”, sino que la ganó para

todos (5). Todo esto entra dentro del amor mutuo, pues el perdón no es sino una manifestación “de este amarnos unos a otros”, por lo que Jesús emparejó el amor y el perdón. Dice Teresa que sabe Jesús lo que nos cuesta perdonarnos porque somos “tan amigos de esta negra honra” (7). “No fie mucho de su oración”, concluye, si no perdona (8).

Se pregunta por las “señales” del amor fraterno. Responde que “hay unas señales que parece los ciegos ven” (C 40.2). “¿Esconderse, el amor?”. “Es imposible”. “Hay más o menos, y así se da a entender, como la fuerza que tiene el amor...; más poco o mucho, como haya amor de Dios, *siempre* se da a entender” (3). Une al amor el temor, presentando la humildad-verdad como el fundamento y raíz de ambos. Así se expresa sobre los posibles “engaños” que puede provocar el demonio: “siempre es el amor mucho”, y entonces “se da a entender de muchas maneras”. Y si no hay este amor, “anden con recelo”, y, si no se da esta señal del amor fuerte, “temo que andamos” en la tentación. “Mas andando con humildad, procurando saber la verdad”, saldremos siempre beneficiados (40,4).

La verdad-humildad, como ya he notado, nos abre al conocimiento de las gracias que Dios nos concede, “que parece algunas veces tenemos olvi-

dadas sus misericordias antiguas” (40,5); creyendo que “es posible comunicarse Dios *ahora* con los pecadores”, “póneles codicia” de responder con fidelidad (6), de vivir “alegres y quietas” (5). Frente a unas “humildades”, fruto del demonio, “que casi pone duda en su misericordia”, y que “se le caen los brazos para hacer ningún bien” (C 39,1), la humildad verdadera “no inquieta ni desasosiega ni alborota”, sino que llega “con regalo y paz”, “con suavidad en sí y contento”, haciendo “más hábil para servir más a Dios” (3).

Justamente porque se va construyendo el yo del hombre nuevo, la persona como sacramento y signo de Dios, Teresa exhorta a un comportamiento libre, desinhibido, “natural” “para hacer atractiva la virtud”. Cuando la persona advierte en sí esta seria determinación de ser fiel a Dios, “no es menester andar tan encogidos ni apretados, sino andar con santa libertad, tratando con quien fuere justo, y aunque sean personas distraídas” (41,4). Luego “no os apretéis”, que “es muy mala cosa”, para sí –se puede caer en escrúpulos– y para los demás, pues “podrá ser buena para sí, pero no llegará muchas almas a Dios, como ven tanto encogimiento y apretura” (41,5). Positivamente: “procurad sed afables..., si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo mucho que hemos de procurar: ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos” (41,7).